

cultura y economía*

guillermo maya*

Francis Fukuyama, el famoso filósofo norteamericano de origen japonés, acaba de publicar un libro *Trust: The Social Virtues and the Creation of Prosperity* (1995, Free Press), que seguramente causará tanta polémica y alboroto como las que se hicieron alrededor del artículo que lo lanzó al estrellato de los mass media *El Fin de la Historia* (1989, *National Interest*), y cuyas tesis expandió en su libro *El Fin de la Historia y el Último Hombre* (1992, Editorial Planeta). Sobre su reciente libro la revista *Foreign Affairs* trae un artículo adaptado de su reciente libro con el título *Social Capital and the Global Economy* (1995). El objetivo de Fukuyama es mostrar cómo se articula la relación cultura y economía. Si

la batalla entre capitalismo y comunismo ya ha sido dirimida en favor del primero, en el presente como en el futuro la batalla será entre las diversas formas de capitalismo que la cultura, en su sentido más amplio de forma de vida, ha creado. Este artículo trata de mostrar cómo la diferencia más sobresaliente entre los países capitalistas es sus estructuras industriales. En unos casos, Alemania, Japón y Estados Unidos, con la presencia de grandes corporaciones, producción en gran escala y administradores profesionales distintos a los propietarios; en otros casos, las sociedades de origen chino como Taiwan, Hong Kong y la misma República China, lo mismo que Francia e Italia, con la presencia de pequeñas empresas familiares, administradas y controladas por sus propios dueños y familias.

La característica social clave que revisiten estas diferentes estructuras industriales puede ser explicada por el concepto de

* El autor es profesor en la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia, Sede de Medellín.

"capital social", que es definido como "el componente de capital humano que permite a los miembros de una sociedad creer o confiar en el otro y cooperar para la formación de nuevos grupos y asociaciones". Este concepto fue desarrollado por el sociólogo James Coleman. La "sociabilidad espontánea", la facilidad con que los extraños se hablan unos a otros, y su "radio de confianza", si sólo están restringidos a la familia como en las sociedades chinas o va más allá de las relaciones de parentesco como en los Estados Unidos, explican por qué en las primeras sociedades las grandes corporaciones están ausentes y predominan las pequeñas empresas, especialmente en confecciones, diseño, muebles, etc., donde la flexibilidad es más importante que la gran escala; mientras, en la segunda, al igual que en Japón y Alemania, el "radio de confianza" es más amplio, lo que ha permitido la creación de las grandes corporaciones, como en la producción de automóviles, aeroespaciales, etc., industrias que necesitan de economías de escala.

En el caso de Italia, "en ciertas regiones (...) la familia permanece como la forma principal de capital social (y) la confianza entre los no allegados es débil e impide la formación de grandes corporaciones, profesionalmente administradas". En Francia por otro lado, "aunque nunca ha sido orientada familiarmente como en el caso de Italia, ella estuvo sujeta a gobiernos centralistas (por más de 500 años) que minaron su sociedad civil y crearon un déficit de organizaciones intermedias entre el estado y la familia", como consecuencia, el sector privado francés ha sido más débil que sus contrapartes alemana y americana, y por muchos años ha sido organizada alrededor de los negocios de las familias conservadoras".

Allí donde las estructuras familiares son débiles, así como las estructuras ajenas al parentesco (aquellas intermedias entre la familia y el estado), las estructuras más fuertes tienden a ser las organizaciones criminales, debido a que "el impulso universal a la sociabilidad" ha sido bloqueado para expresarse a través de las es-

tructuras sociales como la familia o las organizaciones voluntarias. "En consecuencia, las mafias han aparecido como la mayor forma de organización social, precisamente en lugares como el Sur de Italia, en los centros de las ciudades americanas, Rusia y muchas ciudades del sub-Sahara africano, lugares que tienen una carencia de capital social.

Sin embargo, este proceso no es inmutable. Estados Unidos que ha tenido un gran capital social, representado en una vasta red de organizaciones voluntarias, escuelas privadas, hospitales, sociedades corales, clubes literarios, grupos de estudios bíblicos, y un sector privado de grandes y pequeñas corporaciones, parece ser que está en declive: "en las dos últimas generaciones, los americanos se están haciendo tan individualistas como siempre pensaron que lo eran". De esta manera si el capital social no se renueva este se agota como se agota el capital económico. ¿Será éste el caso de Antioquia (Colombia): debilitamiento y pérdida del capital social y aparición de la mafia?

En ausencia de un "radio de confianza" amplio y una inclinación espontánea a la asociación, una sociedad tiene dos opciones para construir organizaciones económicas de gran escala: Una, usar el estado como se ha usado desde tiempos inmemoriales, para promover el desarrollo económico. Taiwan logró crear un sector de gran escala, apoyado en el gobierno, que ha sido la clave para el desarrollo de los productos químicos, aeroespaciales, y de defensa, que llegó a representar el 30% del PIB. Francia logró construir sectores de alta tecnología, claves en producción de gran escala, gracias a la intervención del estado. En Italia, las pocas grandes compañías son apoyadas por el estado. Dos, las grandes corporaciones en sociedades de bajo capital social pueden construirse con la inversión extranjera directa o en asociación con capitalistas locales, como se ha hecho en el Sudeste Asiático, en América Latina, y en algunos de los anteriores países socialistas en transición al capitalismo.

Para algunos, si en los países de bajo capital social pueden construirse las grandes corporaciones, a través del estado o de la inversión extranjera directa, esto no representa un problema. Sin embargo, hay algunas dudas al respecto. Las empresas creadas o subsidiadas por el estado tienden a abandonar el cálculo económico en sus decisiones y a tomar éstas bajo criterios políticos. Incluso allí donde las empresas estatales son eficientes, estas tienden a ser menos dinámicas y eficientes que sus contrapartes privadas. Por otro lado, las inversiones extranjeras directas tienen sus propios problemas. La difusión tecnológica en las economías receptoras se da, pero esto puede tomar muchos años; los problemas que enfrentan para iniciar negocios en los que los locales son dueños y administradores; y por último, que el estado, como en los casos de Corea, Taiwan, y el mismo Japón, le pone obstáculos a la inversión directa extranjera, aunque permite los flujos externos de capital, para darle a los nativos la oportunidad de colocar sus negocios en estándares internacionales.

¿Qué pasará en el futuro? Fukuyama dice que ni las grandes ni las pequeñas corporaciones serán las dominantes per se, sino que aquellos países que puedan innovar y crear las organizaciones apropiadas que sean capaces de resolver las necesidades del siglo XXI pueden hacerlo. Y éstos serán los países que han mostrado tener un capital social mayor. Estados Unidos, Japón, Alemania. China tendrá sus relaciones de parentesco y su gran déficit de confianza como grandes limitantes.

La conciencia de la importancia del capital social ilumina la pobreza del discurso económico contemporáneo. Los neomercantilistas argumentan que los economistas neoclásicos han olvidado el papel del estado en promover el desarrollo económico en las economías asiáticas, un papel que invalida los modelos orientados hacia el mercado. Los neoclásicos, por su parte, argumentan que el desarrollo de Asia se ha logrado a pesar de la intervención estatal y de sus fracasos intervencionistas, como

los del MITI en Japón. Para Fukuyama, lo que ambas partes pierden de vista es el papel de la cultura. Es claro que la necesidad como la habilidad para implementar una política industrial efectiva, exigencia básica de los neomercantilistas, es dependiente de los factores culturales, como el capital social. Asia se distingue de América Latina⁽¹⁾ en que sus gobiernos han sido protegidos de la presión para mantener los empleos o los subsidios directos hacia los sectores políticamente influyentes. El argumento a favor o en contra de la política industrial no puede darse en términos abstractos solamente, sus posibilidades de éxito depende del ambiente cultural, político e histórico en el que es implementada.

Finalmente, Fukuyama sostiene que estamos al final del período en el que el estado ha sido clave en la promoción del crecimiento y la transformación social. Sin embargo, nadie podría negar, que en el pasado la intervención estatal ha sido efectiva en el proceso de modernización: los gobiernos nacionales han abolido clases sociales completas, han hecho la reforma agraria, han introducido la igualdad de derechos en sus legisladores, han construido ciudades y promovido la urbanización, han educado a la población, y han provisto la infraestructura para las sociedades modernas, complejas, intensivas en información. La construcción de estas instituciones, en los países desarrollados, ya ha alcanzado su fin, conjuntamente con el establecimiento de las instituciones políticas democrático-liberales y las estructuras capitalistas. Este es el fin de la historia: No es que la turbulencia o los acontecimientos hayan cesado o que el mundo se haya uniformizado sino que no existe una alternativa sistemática

1. A este respecto, las diferencias entre el Este Asiático y América Latina, Rhys Jenkins (1991) tiene un artículo "The Political Economy of Industrialization" (Development & Change) donde sostiene que el factor clave en la exitosa industrialización de los asiáticos y la fracasada industrialización de América Latina, se debe que en aquellos hubo una mayor autonomía relativa del Estado frente a los diversos sectores de clase, que en la última, donde ésta fue débil o inexistente.

institucional a la democracia liberal y al capitalismo de mercado para los países desarrollados ⁽²⁾. En consecuencia, la ingeniería social, instrumento del estado intervencionista, importante en otra época, ya está agotada.

El debate tradicional entre derecha e izquierda sobre el estado, reflejada en el debate de los economistas neoclásicos y los neomercantilistas, es un debate superado. La izquierda se equivoca cuando piensa que el estado incorpora y promueve significativamente la solidaridad social. Los conservadores libertarios fallan cuando piensan que las estructuras sociales fuertes se regeneran espontáneamente cuando el estado se encuentra por fuera de la ecuación social. El carácter de la sociedad civil y sus organizaciones están enraizadas en los factores no racionales como la cultura, la religión, la tradición y otras fuentes pre-mo-

dernas. Estos factores son la clave para el éxito de las sociedades modernas en la economía global. La diferencia básica entre las naciones, teniendo en cuenta la convergencia institucional, es la cultura.

En fin, el mensaje de Fukuyama es que la economía (y los economistas diría yo) no lo pueden explicar todo, incluso ni lo estrictamente económico. Además, el concepto de capital social es un concepto poderoso para explicar de qué manera el grado de confianza en una sociedad determina la ruta del desarrollo económico. La cultura en su sentido más general es un factor explicativo muy importante del carácter de la sociedad civil. Tampoco podemos entender el análisis de Fukuyama como una invitación para que el estado abandone, en los países en desarrollo, la construcción de las instituciones sociales que una sociedad moderna requiere. Aún no estamos en el club de los países desarrollados. México trató de hacerlo y los zapatistas le recordaron que hay un proceso de modernización que no se ha cumplido: justicia social y derechos y garantías para la población.

2. Fukuyama, Francis, 1995, "Social capital and global economy", *Foreign Affairs*, V. 74, Nº 5, p. 103.